

ciones. La historia de los siete sabios de Grecia es versión más verosímil de los orígenes del pensamiento filosófico, que hacerlo brotar de figuras individuales y aisladas.

La situación que ofrece en sus principios el mundo griego se prolonga bastante tiempo. Es el caso de Pitágoras, que designa una secta más que un individuo. Vestigios de la coagulación original del espíritu de donde proceden las ideas filosóficas aparecen en períodos mucho más avanzados, cuyo ejemplo más ilustre es la Academia. Parece que las ideas no pueden soportar el aislamiento indefinidamente, lo mismo que los hombres la soledad.

Las aglutinaciones posteriores donde se mezclan tendencias religiosas y costumbres prácticas, con cierta estructura de pensamientos en que se organiza el núcleo de la "escuela," son el sucedáneo del estado de naturaleza en que vienen al mundo las ideas filosóficas.

Frente a tal formación del pensamiento se destacarán posteriormente figuras individuales con sistemas de ideas. Fenómeno tardío, excepcional y precursor del crepúsculo de toda una época. Por otra parte, la historia de estas personalidades filosóficas dibuja una línea que va de una tradición que se abandona —Sócrates— hasta otra erudita en que se sumergen los últimos pensadores de rango —Zenón y Epicuro.— Por las cimas, Platón y Aristóteles representan elevaciones intermedias del proceso de la filosofía, quienes conjugan los elementos extremos, tradición de que proceden e invenciones personales que cuajan en nueva tradición. El sistema sin embargo es todavía algo orgánico en que se percibe el tejido vital traspasado por los latidos de la inteligencia. Está muy lejos la elaboración premeditada de una doctrina a base de programa: la constitución o reconstrucción del universo en conceptos, como ocurrió en Hegel y otros más cercanos.

Al contrario de lo que ocurre al pensamiento científico, el filosófico pierde el rumbo desasido del contorno

humano, de la comunicación y comunidad viviente que sustenta la operación aunque no el contenido del saber. Parece haber una ley interna, por no llamarle dialéctica, que impone sus exigencias al desarrollo conceptual a la par que la estructura vital del conocimiento filosófico. La que hace de éste una participación o comunidad de ideas, a la vez que una compañía humana con vitales propósitos. De ahí las formas de conversación practicada por Sócrates, cuya paralela ideológica son los diálogos Platónicos. Posteriormente, la lógica Aristotélica reproduce en la "escuela" una nueva especie de comunidad.

El monólogo es la forma de saber en que zozobra el pensamiento filosófico, a menos que esté sostenido por una comunicación externa que hace pasar la corriente de ideas a través del contorno social. Se da en este caso el espectáculo de creencias y prácticas que mantienen en alto, sobre la cresta del surtidor colectivo, la meditación solitaria. El sentimiento cristiano de la vida en toda su hondura y densidad, restablece la comprensión en común y la compañía humana de que parece desasido el dramático soliloquio de las confesiones Agustonianas.

Tómese en cuenta que de las abstracciones practicadas por Descartes, a poner en duda el contenido de los conocimientos arrastrados por tradición, las creencias y las costumbres quedan intactas. Sin el apoyo tácito y cuasi inocente de tal flotador automático, los niveles íntimos de la conciencia no alcanzarían ese punto de soledad y hermetismo en que resuena la dramática expresión: "pienso, luego existo". En el propio Kant, maestro del idealismo moderno, la reflexión crítica de la conciencia opera su abstracción en el seno de la comunicación y el diálogo viviente de las Ciencias físico-matemáticas.

Pero ahora lo que está puesto en duda es ciertamente esa comunidad o comunicación, implícita, aunque variable, a través de los cambios filosóficos. La contradicción de los sistemas exhibe la soledad y el aislamiento congénitos a los respectivos cuerpos de ideas, que al con-

currir exteriormente, a falta de un enlace orgánico, se excluyen y hacen la guerra recíprocamente.

Ni siquiera la Ciencia puede ya proporcionar comunidad y sustentación al pensamiento filosófico, del que se ha desprendido deliberadamente. La Ciencia tiene la estructura de un discurso monológico, que se inserta en la pluralidad de las cosas y la comunidad de los hombres por la cara externa de los resultados, sin cuidarse de la plenitud subjetiva de sus doctrinas y abandonando a otras agencias espirituales la preocupación de obtener la unidad espiritual del hombre en medio de las contradicciones.

Las operaciones intelectuales de orden científico están ordenadas en conjuntos desmontables a la manera de mecanismos, donde la tarea de deshacer y rehacer el acto operatorio de la naturaleza equivale a la prueba y demostración de su validez. Carecen de plenitud íntima y sólo tienen la unidad externa de un proyecto de acción universalmente anónima. Estrategia del hombre frente a la naturaleza, de la cual se deduce la técnica científica de la edad moderna como realidad prefigurada en los conceptos puros de la teoría. En la larga cadena de razonamientos que es una doctrina científica hay siempre una máquina real o posible en uno de sus extremos, aunque en el otro se manipule con puros símbolos y signos incorpóreos.

Toda Ciencia principió por ser filosofía, sólo que se ha desasido de las exigencias de esta última y edificado su propio mundo esquemático de engranes muy bien ajustados, que trabaja en la más deseable perfección y del cual ha desalojado al hombre sin misericordia. Es acaso extraño que en estas condiciones se produzca la filosofía existencialista? Un mundo deshabitado, inhospitalario y hasta diabólico debe producir angustia y asco.

El universo de la Ciencia es una realidad auto-suficiente, plenaria, que tiende a la independencia de sus conclusiones y a la indiferencia respecto del ser humano que muestra la propia Naturaleza. Con la agravante de que

ésta nos sale al encuentro sin intervención de nuestra voluntad, es una factum; en tanto que el saber científico es una construcción humana y, por ende, una licencia de la cual tiene el hombre que rendir estrecha cuenta. Qué uso o empleo hemos hecho de esta libertad?

Ni la primaria subordinación al mundo que se destaca en la actitud del primitivo, ni la más refinada versión de esta postura que es la Ciencia por más artificiosamente compleja que se haya vuelto, resuelven la cuestión esencial de la conciencia humana. Más que de servir a las cosas y en general al mundo que éstas constituyen, se trata de la incardinación del hombre, la cuenta y razón que tiene que dar del hecho de venir a ser el mundo en él de su propio advenimiento y cómo ha de servirse de ello según medida y proporción. Pensar filosóficamente es resolverse a llamar a juicio a la conciencia en su propia y concreta libertad.

En lo más recóndito de todo pensamiento filosófico late la cuestión antropológica como la primaria cuestión de todas. En ser cada uno uno mismo y no en otro radica el fundamento de la libertad, de lo cual todo lo demás son derivaciones y consecuencias. La pregunta que hace Kant, cómo es posible el conocimiento? debe ser remontada hasta la cuestión en que ésta y otras más recuperan toda la hondura del problema: quién soy yo?

En la partícula final se condensan, más allá de la pura existencia psicológica la pluralidad de temas y contradicciones que abraza la conciencia humana: saber científico, expresión estética y voluntad moral, impulsos y símbolos en que se hace la historia; brevemente, la suma de contenidos y manifestaciones del hombre. Sólo que por encima de todo ello algo más: la insondable hondura de ser alguien, uno mismo, y de tanto serlo caer en la cuenta de la presencia de lo otro y ser eso un diálogo del ente con el ser.

Tal estructura de la participación en el Ser en que se fincan lo mismo la expresión íntima de la conciencia, que su encaje en la vida humana y cuya unidad se realiza co-

mo intención a que apunta el acto, es la última y fundamental en que se apoya la meditación filosófica y su realización externa en forma de tradición, individuos filósofos, escuelas y sectas.

El sentido y la esencia recíprocamente implicadas de hombre y mundo, proceden de esa trama dialógica que se establece entre el ente que tiene su ser expuesto a sí mismo y otro con el que se comunica, del que recibe respuestas y no obstante que guarda siempre inexhaustas reservas de ser.

Abrigar la pretensión a una simple y elemental unidad por bajo esta última estructura pluralista y no obstante unitaria, procede del no menos quimérico empeño de fundar la filosofía en plan de ciencia, de ciencia matemática particularmente.

Nada valdría que Descartes situase a la base de toda evidencia saberse a sí mismo pensamiento y existencia. No más ni menos derivar de la idea la realidad externa, "res extensa" a manera de función geométrica.

Cuán indiferente sea esto relativamente a mayores decisiones se aprecia de que el existencialismo, y nada menos que esta doctrina filosófica contemporánea, es justamente la inversión o vuelta entera hacia atrás del camino recorrido por Descartes partiendo de la misma estación.

Lo radicalmente grave para la Filosofía moderna fue tomar para sí el programa científico, ya en resuelto avance a la fecha de origen de aquél. Y ello sin considerar la diversidad de los problemas y los respectivos propósitos. Facilitó la pretendida equiparación con la Ciencia un equívoco: el de una supuesta unidad simple y elemental para explicar el desarrollo universal de las cosas, si no a la manera del atomismo por lo menos a base de un axioma o evidencia original de la cual deducir todo el sistema; y ello conjuntamente con el error de considerar idénticos los extremos de la sentencia: "pienso, luego existo," desconociendo todo lo oscuro y enigmático del enlace en-

tre ambos términos, en el cual principia y no concluye el problema filosófico. Falla no tanto por ser idealismo, que por disimular la Filosofía en Ciencia. Metafísica al modo matemático es la doctrina cartesiana.

Las consecuencias: una serie de doctrinas filosóficas que han pretendido en vano sustituir la Ciencia con sus explicaciones, abandonando la propia tarea. Dar la metafísica por Ciencia, renunciando a la vez paradójicamente a todo pensamiento metafísico.

Los actos y operaciones del intelecto o de la Naturaleza en tanto se despersonalizan, son cosa de la Ciencia, única que ha de velar por los resultados coherentes y concordantes de sus respectivas teorías. Lo que perturba —y sólo en este sentido vuelve la Ciencia a la Filosofía— es la presencia del hombre y con éste de todo cuando existe en relación con dicha presencia. La doctrina científica lo ha declarado ausente y a ello debe la prosperidad de sus métodos. El pobre ente humano no puede hacer otro tanto consigo mismo y a despecho de todo hace filosofía o mejor dicho, **se descubre a sí mismo en su concreta realidad, problema filosófico.**

Y esto es ni más ni menos lo que está ocurriendo a nuestra vista, con lo cual tras largo rodeo volvemos al tema principal de este ensayo, que sólo ha pretendido explicar el motivo dominante de la escena filosófica contemporánea y ello no de un modo histórico (error que se repite en un historicismo de primer grado) sino principalmente y en la medida de nuestros alcances, filosóficamente.

Hemos querido mostrar que la Filosofía aparece a primera vista multiplicada y contradictoria, como colección de doctrinas y sistemas. A través de una consideración histórica hemos recuperado la idea de la filosofía en sus más recónditas fuentes, las de la tradición, las asociaciones y el individuo filósofo. Ello nos ha permitido caracterizar este pensamiento como inherente a una comunidad social y a la vez, dependiente de una estructura plural, aunque unitaria, de la conciencia. De ahí, hemos sido llevados a con-

siderar el artificio científico, que elimina de sus métodos la conciencia y deja al hombre en calidad de ausente del mundo. Luego se mostró que la filosofía fue llevada del mismo propósito a sustituirse a la Ciencia, sin lograrlo empero produciendo al final de esa carrera, en nuestros días, el redescubrimiento filosófico del hombre.

En cuyo punto abandonamos provisionalmente el tema para reanudarlo en siguiente capítulo, donde se mostrarán los diversos mirajes de la figura humana que nos proporcionan las concretas expresiones filosóficas de nuestra época.

UNIVERSIDAD. Nos. 8-9.
Monterrey, N. L., julio de 1950.

LA INDIVIDUALIDAD DEL SER HUMANO

Con frecuencia se habla de individualismo a nuestro alrededor. Lo sólito del tema —con todas sus implicaciones sociales, políticas o filosóficas— induce a considerarlo un tópico banal, uno de tantos lugares comunes de nuestra época. A fuerza de oír un concepto repetidamente, bien por alabanza o como motivo de censura, en tantos que lo traen a cuento para las cosas más simples y más alejadas de su objeto acaba pareciendo pura bazofia intelectual.

Si hay algo de difícil expresión, enigmático y a la par de inigualable belleza en la naturaleza del ser humano, este algo es la individualidad a que aspiran nuestras potencias carnales y del espíritu. La nota dramática que se mezcla a ese afán es la inevitable frustración de un logro permanente y definitivo.

Por ello cuando se le hace valer como un atributo inseparable de la naturaleza, se exagera o se establece una verdad a medias. El ser individuo —esto es, la singularidad irremplazable de nuestra existencia en el orden natural y del espíritu— está insinuando apenas en la arquitectura del hombre y como requiriendo un desarrollo o ejecución que a cada quien le incumbe como destino personal.

Desde el comienzo hasta el fin de la vida una enormidad de nuestro espacio interior está ocupado por cosas comunes —a la especie zoológica, el comer, dormir o reproducirse; o al grupo social, pensar, querer o conmovernos al unísono con nuestros semejantes— mientras que en cambio es tan chico el sitio de la individualidad, que difícilmente deja testimonio permanente en la vida histórica.

A pesar de lo dicho, sin esa mísera ración que más está en el afán que en el disfrute, quedaría degradado el hombre a la condición de cualquier bestia. Y no negamos que lo sea, a reserva de reconocer que es una bestia muy particular, tanto, que se afecta melancólicamente por no du-